

FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN. SOBRE LAS URGENCIAS ACTUALES DE UN REENCUENTRO

Joaquín Esteban Ortega

Universidad Europea Miguel de Cervantes

Más que nunca en los últimos tiempos lo educativo requiere un reencuentro con lo filosófico. Somos protagonistas de un tipo vertiginoso de desfase entre, por una parte, los modos en que nos imaginamos a nosotros mismos y en que concebimos la realidad y, por otra, la forma concreta en la que se institucionaliza nuestra acción y nuestras prácticas. Percibimos cómo la progresiva demanda ontológica de la complejidad se inserta en todos los espacios de la vida tras las ilusiones clasificatorias del método en un mundo cargado de incertidumbres a causa de la finita reinstalación de los seres humanos en sus contextos históricos. La institución escolar como tal surgió, entre otras cosas, de aquellos ideales normalizadores y clasificatorios de la racionalidad disyuntiva. Hoy, a pesar de las grandes transformaciones que se van produciendo, se mantienen los mismos condicionantes estructurales y epistemológicos sustentados por las reticencias a prescindir de esa sutil e interesada operatividad que proporciona el saber disciplinar. La demanda sociocultural se inscribe en las urgencias derivadas de la gestión de la ambivalencia, del riesgo y de la perplejidad y, en este sentido, la escuela aún no ha sabido reaccionar oportunamente. Síntoma de ello es, sin duda, el estallido de la educación no formal y la peculiar pan-pedagogización social a la que asistimos. Se hace urgente, por tanto, una nueva mirada sobre lo educativo en el proceso hermenéutico reflexivo de pensar sobre nosotros mismos. Sin haberlo pretendido, todos los trabajos recogidos en este número monográfico de nuestra revista dedicado a la filosofía de la educación inciden desde puntos de vista diferentes en esta reconsideración reflexiva de lo educativo a partir de un cierto reposicionamiento antropológico y ontológico. C. Wulf en su artículo incide en su propuesta de dinamización histórico-cultural de la antropología yendo más allá del carácter normativo de la antropología clásica. Las consecuencias aplicativas para el ámbito de la educación son inmediatas ya que se requerirá de una epistemología narrativa que valore especialmente la fuerza de las imágenes, de los rituales, de la corporalidad y de la interculturalidad proyectándose en la práctica y en los estilos docentes. M. García Amilburu en su aportación se plantea analítica-

mente la tarea docente, objetiva y subjetivamente, a partir de las consecuencias que se derivan de esta renovación antropológica. Y del mismo modo tal renovación de la mirada filosófica reclama la estrategia hermenéutico pedagógica de la reflexividad. La formación, de esta manera, será entendida por F. Bárcena como cuidado de sí desde el compromiso ético de la natalidad y de la radical novedad de la acción humana. J. Planella incide también en esta perspectiva a partir de la reivindicación hermenéutico-educativa de la subjetividad a través cuerpo. J.C. Mèlich enfrenta expresamente una pedagogía hermenéutico-narrativa con los excesos de las pedagogías tecnologizadas para hablar de educación, no como proceso, sino como acontecimiento ético. En ese mismo tono reticente J. Larrosa vuelca en su aportación una síntesis de su pensamiento, para reivindicar el carácter cualitativo de la modificación lectora de la experiencia frente a la peculiaridad coyuntural del experimentalismo hueco del experto. Una escritura diferente para la intencionalidad pedagógica que no reniega de lo poético como forma de conocimiento en ese contexto cultural postmoderno es lo que describe H. Salinas en su ensayo.

La filosofía, desde siempre, ha tenido pretensión totalizadora intentando caer en la cuenta de todo lo que hay. Sabemos que, en ocasiones, determinados excesos metafísicos y lógicos vinculados a esta idea han devenido dogmatismos o reduccionismos. Sin embargo esa ambición originaria, filtrando lo filtrable, sigue siendo el motor que vincula a los seres humanos con el reto de la exterioridad y de la propia inmanencia; más aún, en la medida en que las aspiraciones de todos nuestros comportamientos tienen una proyección planetaria. Quizás lo que únicamente murió tras aquel incisivo anuncio de la muerte del hombre fue el anhelo de continuidad centrípeta y esencialista que se proyectaba sobre la aspiración de simplicidad que encerraban los fundamentos y los principios, y por lo mismo se nos ha dejado situados ante el reto humano permanente de la movilidad y la interconexión de las referencias en su propia multiplicidad.

Sin que sea tan claro ya el sustento semántico de los principios ahistóricos la situación en la que nos encontramos nos inscribe de forma inapelable en la urgencia trágica de compensar con la lectura el carácter siempre abierto y procesual de nuestra finitud. No nos engañemos, siempre ha sido así. Lo que ocurre es que el humo orgulloso de la operatividad instrumental y su extensión política se han sustraído sutilmente de incorporar la inquietud de la contingencia a sus aspiraciones performativas. Tambaleado el consecuente contenido alienante de los fundamentos la única tarea posible es la de la lectura; una lectura en voz alta y compartida que nos recuerde siempre que nuestra esperanza se encuentra en nuestra común caducidad. La escuela, más que nunca, necesita introducir en su estructura misma el radical componente crítico que se deriva de esta reinstalación mundana. Esperamos, por tanto, que la edición de este número especial de *Estudios Filosóficos* pueda seguir contribuyendo en alguna medida a este esperado y necesario reencuentro pedagógico con la filosofía. Encuentro que se torna agradecimiento sincero a todos los autores de la compilación por sus valiosas aportaciones.